

## LA CASA DE LOS FERRER

Era una tarde nublada en la Barcelona de 1948, las campanas de la iglesia de Santa María del Mar se escuchaban a lo lejos desde las profundidades del antiguo barrio gótico. Sin embargo, dentro de la casa de los Ferrer, una imponente residencia de piedra y hierro forjado, reinaba el silencio que contenía todos los secretos que sus residentes guardaban entre aquellos gruesos muros.

En el gran salón, decorado con lúgubres tonos burdeos y lámparas de cristal, la matriarca de la familia, Doña Teresa de la Torre, se mantenía frente a la ventana central de la habitación con la mirada perdida, inmersa en sus propios pensamientos. Iba vestida completamente de negro debido al luto por la reciente muerte de su marido, Don Ramón Ferrer, que había dejado este mundo pocas horas después de acostarse aquella misma víspera. Aunque el verdadero duelo que Doña Teresa cargaba en su interior no era por él. Había algo más profundo, un secreto que sólo ella conocía, que la mantenía alerta y con el temor de que algún día saliera a la luz.

A sus espaldas, las gemelas, Carmen y Julieta, se movían por la estancia con inquietud. Ambas eran el retrato idéntico de la otra, con los cabellos oscuros y la piel pálida que caracterizaba a la familia. Pero mientras Carmen, la mayor, vivía atrapada en un matrimonio infeliz y una casa vacía, Julieta mantenía la esperanza de seguir soñando con un futuro que sabía perfectamente que no llegaría a alcanzar.

— Carmen, por favor, ¿podrías decirle a tu marido que esta noche no asistiremos a la gala benéfica del ayuntamiento? Ya tenemos suficiente con toda la prensa en torno a la muerte de vuestro padre. —dijo Doña Teresa sin mirar a sus hijas, con la voz fría como el mármol que cubría el suelo.

Carmen asintió en silencio, acostumbrada a cumplir las órdenes de su madre y de su esposo, el hombre más poderoso de la ciudad, pero el menos querido para ella. Mientras tanto, Julia prefirió no intervenir en la conversación. Conocía muy bien la opinión de Doña Teresa acerca de su estado civil y sus expectativas en el amor, por lo que siempre se conformaba con el silencio.

El tic-tac del reloj de pared siguió llenando el vacío de la sala hasta que una figura masculina apareció en el umbral de la puerta. Enrique, el hijo menor de la familia, acababa de regresar de su largo viaje por África. Aunque era evidente el cambio en su piel bronceada por el sol, Doña Teresa vió algo extraño más allá de su mirada. Ésta era antes juvenil e inocente, pero ahora brillaba una sombra en sus ojos.

— Enrique... — dijo Doña Teresa con un volumen casi inaudible mientras se acercaba a su hijo con impaciencia y preocupación.

— Madre — respondió Enrique con determinación—. He vuelto.

Esas palabras provocaron un sentimiento de inquietud en la sala, como si ya nada fuera a ser lo mismo. Para Carmen y Julia volver a ver a su hermano fue una sorpresa muy agradable. Pero su retorno solo le recordaba a Doña Teresa lo que había hecho, porque ella sabía perfectamente que la muerte de su marido no había sido un accidente. Pero nadie debía conocer la verdad, ni siquiera su propio hijo.

Cuatro días después de la llegada de Enrique, la casa de los Ferrer seguía envuelta en un ambiente frío y tenso. Carmen había pasado las noches siguientes a la muerte de su padre con el resto de su familia, utilizándolo como excusa para salir de su residencia en el centro de la

ciudad. Julia se limitaba a pasear por los pasillos y pasar horas de soledad en la biblioteca de la casa. Pero para Enrique era imposible ocultar toda la carga que sentía desde su vuelta a Barcelona, sobre todo ahora que su padre ya no estaba. Para él siempre había sido una persona fundamental en su vida, y por extraño que le pareciese, nunca le había sentido tan cerca como en ese momento. Además, no dejaba de sentir un comportamiento inusual en su madre, como si no pudiese estar en paz consigo misma. Pero decidió no darle más vueltas y centrarse en la visita de su cuñado, que había decidido cenar con su familia política esa misma noche.

Cuando Doña Teresa le dió la bienvenida a su yerno Francisco Ramos, alcalde de la ciudad, evitó a toda costa hablar sobre su difunto esposo. Así que la escena en el comedor se resumió en conversaciones superficiales y alejadas de las verdaderas preocupaciones de la familia. Al acabar la cena, todos ellos siguieron la velada en el salón del segundo piso, una habitación que conectaba directamente con el pasillo del ala este de la casa, aquel que nadie pisaba nunca salvo Ramón. Mientras todos asentían sin entusiasmo a los comentarios y preguntas de Francisco, las campanas de la iglesia de Santa María del Mar se escuchaban al fondo, revelando que ya se estaba acercaba la medianoche.

De pronto, se escuchó un golpe procedente del ala de Ramón, y toda la sala quedó en silencio. La cara de Doña Teresa pasó a tener un tono tan pálido que no parecía estar con vida, y un escalofrío le recorrió la piel mientras sus hijos se preguntaban qué podría haber sido aquel estruendo. Ante la inquietud que reinaba en la sala, Francisco decidió acercarse a la puerta, pero un viento repentino abrió todas las ventanas de la habitación y acabó cayéndose al suelo. Justo antes de que Doña Teresa pudiese ordenar que todo el mundo se retirara a dormir a sus habitaciones, la puerta se abrió repentinamente. Toda la atención de los miembros de la familia Ferrer se centró en el fondo de aquella oscuridad que parecía no acabar nunca.

Una figura apareció lentamente, emergiendo del rincón más profundo de la casa.

Era Ramón.

Su rostro, pálido y espectral, los miraba desde el otro lado, con una sonrisa torcida en los labios.

—No puede ser... —murmuró Doña Teresa, dando un paso atrás.

Las gemelas quedaron completamente boquiabiertas, sin poder pronunciar ni una sola palabra, mientras que Francisco seguía inconsciente sobre la alfombra de piel. Enrique se quedó paralizado contemplando lo que parecía la sombra del fantasma de su padre.

El sonido de las campanas de Santa María del Mar comenzó a sonar de nuevo, más fuerte, mientras la figura avanzaba por el pasillo.

—Nunca debiste haberme subestimado, Teresa... —susurró Ramón, y su voz parecía llegar desde algún lugar más allá de este mundo.

La puerta se cerró de golpe.

Y la casa entera quedó sumida en el silencio absoluto.